

FRENOLOGÍA.

Nuestros lectores tienen ya noticia del curso de Frenología que principiará en esta ciudad el día 7 de Marzo, bajo la enseñanza de don Mariano Cubí y Soler, como y también de su obra titulada: *Frenología, ó sea filosofía del entendimiento humano manifestado por medio del cerebro*, que dicho señor tiene prometida al público, y cuyo prospecto ha salido ya á luz. A primera vista, este asunto podría parecer de escasa importancia, limitado, como le juzgarán quizás algunos, á meras teorías científicas, que no es dable descender á la práctica sino á manera de diversión y entretenimiento. Nosotros sin embargo miramos la cosa de otro modo, opinando, que el negocio es sobrado grave para que no deban ocuparse de él aquellas publicaciones, entre cuyos objetos figura la observación del desarrollo del espíritu humano, y muy particularmente la aplicación que de una ciencia quiera hacerse á la instrucción y educación de los pueblos.

Ante todo debemos advertir, que por más nueva que sea en este país la pública enseñanza de la frenología que tanto ruido está metiendo años há en los grandes centros de la ciencia europea, no sonaremos contra ella la alarma, ni diremos que la religión católica cuya defensa es el principal objeto de nuestra Revista, tenga nada que temer de los hechos ideológicos y fisiológicos de cuya exposición tratá de ocuparse el ilustrado profesor. Conocidas son nuestras convicciones, sabido es que la idea dominante de los ensayos que hemos ofrecido al público, consiste en que la religión católica ganará tanto más en estimación, cuanto más profundo sea el examen á que se la someta; que no tiene ni manchas que ocultar, ni errores que encubrir, para que se vea precisada á vivir en las sombras y á huir el cuerpo al contacto de las ciencias. Dios entregó el

mundo á las disputas de los hombres, y encomendó el depósito de la fe á la Iglesia; siglos hace que la naturaleza, la historia y la experiencia son consultadas sobre los grandes secretos de Dios, del hombre, y de las relaciones que unen á la criatura con el Criador: después de tantos experimentos, de tanta observación, de tantas hipótesis, de tantos sistemas, no se ha podido señalar un hecho, un solo hecho, en contradicción con la fe católica. La incredulidad ha levantado con frecuencia la voz gritando alborozada: *lo he encontrado*; mas bien pronto un examen más detenido y más profundo de la materia ha venido á desmentir al aplauso prematuro.

No ignoramos las inculpaciones que se han dirigido á la ciencia frenológica, tachándola de contraria á la religión y á los sanos principios, inculpaciones de que se hace cargo el Sr. Cubí cuando en su citado prospecto nos dice (1): «Increíble parece que la Frenología á cuyos principios, ni la Iglesia ni la Inquisición, en el tiempo de su mayor rijidez se opusieron, que la Frenología, digo, que prueba i demuestra palpablemente, no solo la existencia de Dios sino tambien que le es tan natural al hombre la religión como la sed, el amor, y demas instintos animales, haya sido tachada de irreligiosa. Pero desde que la voz de los mas grandes teólogos, católicos i protestantes, se ha elevado indignada contra tamaña calumnia, ya no se cuestiona su ortodójia. Véase, sino, con qué ahínco i animación hablan en favor de lo moral i religioso de la Frenología el abate Frère, el abate De-Luca, el abate Restani, el párroco Giacomini, i otros eminentísimos

(1) Transcribimos las palabras del Sr. Cubí con la misma ortografía que él ha creído deber emplear. Estamos seguros de la verdad de la protesta de dicho señor cuando asegura que no la sigue por el prurito de singularizarse, sino por el convencimiento de que es útil: respetamos como es debido su opinión; pero no nos es dable adoptarla.

católicos prelados, zelosos todos de que se mantengan puros é ilesos los dogmas de la Iglesia católica. Lord Whately arzobispo de Dublin dice tambien que las objeciones morales i relijiosas hechas á la Frenología son del todo fútiles.»

No recele el Sr. Cubí que le achaquemos á su doctrina defectos que no tenga, ni le atribuyamos tendencias de que carezca: la examinaremos con el detenimiento que su importancia reclama, manifestando nuestra humilde opinión con entereza y lealtad.

Dos principios fundamentales asienta el Sr. Cubí constitutivos en su concepto de la ciencia frenológica. Es el primero, «que el alma, mente ó entendimiento humano obra por medio del zerebro.» El segundo «que el alma posee diferentes facultades, las cuales ella manifiesta por medio de correspondientes órganos zerebrales.»

Que hay una relación entre el entendimiento y el cerebro, que éste es el centro de las sensaciones, que de su buena ó mala disposición natural ó accidental, resultan los más variados fenómenos en el ejercicio de las facultades del alma, es una verdad que no consiente duda; como que está reconocida por todos los filósofos antiguos y modernos, y atestiguada por la experiencia de cada día. El delirio y la locura que de tal suerte trastornan las funciones del alma, tienen su origen en afecciones cerebrales; de éstas dimanán también los sueños más ó menos variados, más ó menos extravagantes, habiendo podido notar cualquiera lo mucho que en esta parte influyen la cantidad y calidad de los alimentos, y todo cuanto comunica al cuerpo estas ó aquellas disposiciones, capaces de afectar este órgano. Aun no suponiendo un trastorno tan completo como lo es el de una alienación mental, ó un estado tan diverso cual el sueño respecto de la vigilia, ¿quién no ha notado la exaltación de las facultades del alma que se sigue á la inmutación del cerebro causada por agentes accidentales? una botella de vino de champaña convierte quizás en animado hablador, facundo, variado y chistoso,

á un hombre que pocos momentos antes se mostraba indiferente, taciturno y frío.

Los diversos sistemas psicológicos ideados por las diferentes escuelas filosóficas, fueron excogitados con la mira de explicar la relación entre el cuerpo y el alma, y muy particularmente entre ésta y el cerebro. El influjo físico, las causas ocasionales, la armonía prestabilita, y las demás hipótesis más ó menos análogas á las sobredichas, todas dimanán de la dificultad en que se encontraron las varias escuelas para dar razonada cuenta de una relación, de una comunicación, de una reciproca influencia tan ciertas como incomprendibles.

Bonald copiando á Platón, ha dicho que «el hombre es una inteligencia servida por órganos» y entre estos sin duda debe contarse como principal el cerebro, mayormente en lo tocante al ejercicio de las facultades intelectuales. Sin embargo, para no confundir los límites de la filosofía espiritualista y materialista, atribuyendo á lo que es puramente corpóreo, funciones que de ninguna manera pueden corresponderle, es menester fijar con exactitud el sentido de la palabra *órgano*, para que cuando se dice que el cerebro lo es del alma, no se entienda que por él se ejercen de alguna manera los actos del entendimiento ó de la voluntad. Órgano es el medio ó conducto por donde una cosa se comunica á otra, ó por el cual se ejerce alguna función; así la lengua será el órgano de la palabra, los ojos serán el órgano de la visión, el timpano será el órgano del oído, en cuanto sirven estas partes del cuerpo para ejercer aquellos actos que con los indicados nombres se designan. Pero con la mira de evitar la confusión de las ideas en un punto de tanta importancia y trascendencia, emitiremos algunas observaciones que bastan en nuestro juicio á prevenir toda equivocación. El lector nos dispensará si nos elevamos á consideraciones puramente ideológicas y metafísicas, quizás no muy fáciles de ser comprendidas perfectamente por los no versados en tan espinosas materias; procuraremos no obstante expresarnos

con la mayor claridad y limpieza, acomodándonos á la capacidad hasta de los menos inteligentes, en cuanto nos lo permita el objeto que nos proponemos dilucidar.

El instrumento es el medio de que nos servimos para ejecutar alguna cosa: el pincel es el instrumento del pintor, como el cincel lo es del escultor y la pluma del escribiente. En este sentido el cerebro no es ni puede ser instrumento del alma en el pensar ni en el querer. Si en este sentido se dijese que el cerebro, ú otra parte del cuerpo son instrumentos ú órganos del alma, la expresión sería no sólo inexacta sino falsa; porque entonces se daría á entender que el espíritu elabora sus pensamientos por medio del cerebro, que éste contribuye inmediatamente á la formación de aquéllos; lo que daría por el pie á todo sistema espiritualista que estriba, como sobre su cimiento, en el siguiente principio: el pensamiento y la materia son cosas incompatibles. En efecto, aquél es esencialmente simple; ésta esencialmente compuesta: aquél supone por necesidad unidad del sujeto que lo ejerce; ésta es por necesidad múltiple, porque en su misma naturaleza entra el ser compuesta de muchas partes: aquél existe en un ser que puede darse cuenta de sus actos á sí propio, que con toda verdad y exactitud puede decir *yo*, á pesar de todas las modificaciones que sufra por la diferencia de sus facultades y la diversidad de sus actos; cuando en aquélla es imposible encontrar ese ser *uno* indivisible, único sujeto de las modificaciones que experimenta; pues lo que sufre una parte no lo sufre otra, y por lo mismo no es dable concebir en la misma ese *yo* uno, simple, indivisible, idea que necesariamente acompaña á todo ser que piensa ó quiere.

Esta es la razón profunda de los singulares sistemas á que han apelado todos los grandes hombres para explicar el misterio indescifrable de la unión del alma con el cuerpo, de las relaciones que entre sí tienen, del modo con que recíprocamente se comunican y se afectan. Veían hecho, lo palpaban en sí y en los demás; el fenómeno

de la acción del alma sobre el cuerpo y de éste sobre aquélla, se les ofrecía fuera de duda; pero no era para ellos menos incuestionable la diferencia esencial de las naturalezas de estos dos seres, no acertaban á darse cuenta de la posibilidad de la acción recíproca, no comprendían cómo lo simple y lo compuesto pueden influir lo uno sobre lo otro; y por esto entregados á profundas meditaciones, excogitaban sistemas quizás extravagantes y que provocaban la risa de los poco versados en estas materias. Los hombres vulgares no conocían toda la extensión y la fuerza de la dificultad que los primeros se propusieron salvar, y por lo mismo no apreciaban el mérito del esfuerzo extraordinario indicado por la misma singularidad de las hipótesis.

Queda pues sentado que no hay inconveniente en que se diga que el alma, mente ó entendimiento, obra por medio del cerebro como por su órgano, mientras con estas expresiones se entienda que dadas ciertas operaciones del alma, resultan determinadas funciones del cerebro; y que afectado el órgano de esta ó aquella manera resultan estas ó aquellas impresiones en el alma. Y nótese bien, que no tratamos aquí de explicar cómo se verifica, ni de señalar preferencia á ningún sistema filosófico; y si únicamente de dejar en su puesto el hecho fundamental de toda ciencia psicológica, á saber, la imposibilidad de que el pensamiento resida en la materia. De esta suerte queda en salvo la espiritualidad del alma, queda fuera de duda la diferencia esencial entre espíritu y cuerpo, y nos hallamos por consiguiente desembarazados para entrar de lleno en la cuestión frenológica, ó sea en el examen de los hechos, cuyo conjunto unido á las consecuencias que de los mismos se sacan, se propone el distinguido profesor ofrecernos como un verdadero cuerpo de ciencia.

Si no comprendemos mal el sentido de las palabras del citado prospecto, coinciden con los principios que acabamos de sentar, por más que no se expresen tal vez con la rigurosa exactitud y con todas las aclaraciones que las

acompañan en la explicación que precede; porque no era este el objeto que se proponía el Sr. Cubí, ni tampoco hubieran tenido lugar en los estrechos límites á que se propuso reducirse. Pero por lo mismo que nos habla del *alma que obra por medio del cerebro, que posee diferentes facultades, las cuales ella manifiesta por medio de correspondientes órganos cerebrales*, bien se deja entender que en su opinión el alma es cosa distinta del cerebro; por consiguiente sería una injusticia achacarle lo que á otros frenologistas se ha achacado, que confundían aquélla con éste, que reducían las operaciones puramente intelectuales y morales á modificaciones y funciones de un órgano material, y que bajo pretexto de aclarar fenómenos fisiológicos, daban un golpe mortal al espiritualismo, destruían la libertad humana, hacían imposible toda moralidad, y recusitaban el hombre-máquina de La-Metrie.

El segundo principio contiene dos partes: 1.^a, que el alma posee diferentes facultades; 2.^a, que estas facultades ella las manifiesta por medio de correspondientes órganos cerebrales. La primera es una verdad fuera de duda; pues nadie ha negado jamás, que aun cuando el alma sea una sustancia simple é indivisible, posee no obstante variedad de facultades que se manifiestan á cada paso, no sólo en diferentes individuos, sino también en cada uno de ellos. Los ideólogos las han clasificado de diferentes maneras: unos las señalan en mayor, otros en menor número: quién les da este nombre, quién este otro; pero todos convienen en que las facultades son diferentes; en que los actos por ellas ejercidos, no son de una misma naturaleza, y no pueden de ninguna manera confundirse entre sí. En cuanto á la segunda parte, á saber, que el alma manifiesta sus facultades por medio de correspondientes órganos cerebrales, tampoco tiene dificultad; en cuanto expresa que el cerebro es órgano del alma en el sentido arriba explicado. Esta es la razón porque muchos filósofos han opinado que este órgano es la parte donde reside el alma.

La diferencia de los frenologistas con respecto á los demás fisiologistas, consiste en que éstos miraban el cerebro como órgano único, y no le distribuían en distintas partes, que fuesen otros tantos órganos particulares de esta ó aquella facultad del espíritu. Mirada la cuestión bajo este punto de vista, se halla totalmente fuera del terreno de la metafísica, de la psicología y hasta de la ideología; y queda encerrada dentro de los límites de la ciencia fisiológica; no debiendo resolverse por mero raciocinio, sino por la simple observación de los fenómenos. En efecto, todo está reducido á saber, si en la realidad la experiencia enseña, que exista una relación entre esta ó aquella facultad del alma, y esta ó aquella parte del cerebro; que el mayor ó menor volumen, ó la determinada configuración de dicha parte, está en cierta proporción con la mayor ó menor fuerza ó energía de la indicada facultad. Si vemos presentar hechos debidamente observados que así lo comprueben, la frenología podrá merecer el nombre de ciencia; y el paso que habrá hecho dar á los conocimientos humanos será, que así como antes nos limitábamos á saber que el cerebro tomado en complejo y en su totalidad era un órgano del alma, ahora podremos añadir que este cerebro está compuesto de varias partes, siendo cada una de éstas un órgano particular de la facultad respectiva. En esto no encontramos nada que repugne la espiritualidad del alma; dado que si en todos tiempos se ha admitido que existía cierta relación entre el cerebro y las funciones de ella, sin que por esto pudiese inferirse que perdían nada de su indivisibilidad, no habrá tampoco inconveniente en que ahora se diga que el alma conservándose simple, puede tener, con respecto á sus facultades, ciertas relaciones con las diferentes partes del cerebro. Este era compuesto antes, como lo es ahora; si pues dicha composición no se oponía á la recíproca comunicación de ambos, tampoco se opondrá en adelante. La misma alma se vale de los ojos para ver; de los oídos para oír; del paladar para gustar, y de los demás órganos cor-

póreos para recibir las diferentes sensaciones, así como para ejecutar sus voluntades: ¿qué dificultad habrá pues en que se verifique lo mismo por lo tocante al cerebro? No cabe expresar estas ideas de una manera más clara y distinta de lo que hace nuestro insigne Huarte en su famosa obra titulada *Examen de ingenios* publicada en Madrid en 1668, obra que asentó las bases del sistema frenológico, que se tradujo en varias lenguas, y que goza todavía mucha estimación en los grandes centros de la ciencia europea. «Estando, dice, el animal racional en el cuerpo, es imposible poder hacer obras contrarias y diferentes si para cada una no tiene su instrumento particular. Vese esto claramente en la facultad animal, la cual hace varias obras en los sentidos exteriores, por tener cada uno su particular compostura: una tiene los ojos, otra los oídos, otra el gusto, otra el olfato y otra el tacto. Y si no fuera así, no hubiera más que un género de obras, ó todo fuera ver, ó gustar ó palpar; porque el instrumento determina y modifica la potencia para una acción y no más. De esto manifiesto y claro que pasa en los sentidos exteriores, podremos colegir lo que hay allá dentro en los interiores.» Sea cual fuere el concepto que de la ciencia frenológica se forme, siempre es muy curioso que haya sido cabalmente un español y del siglo xvii, es decir de la época de nuestra decadencia, el que haya sentado con claridad y lisura los principios de una ciencia nueva; siendo al propio tiempo lamentable, que en este caso se verifique lo que en tantos otros, de que nuestra dejadez habitual haga que no vindi-quemos como podríamos las glorias nacionales, y que los golpes del genio que en otros países producen un efecto eléctrico, queden entre nosotros confundidos en la obscuridad, y sean los extranjeros quienes se aprovechen de lo que en España se ha pensado ó inventado por primera vez.

No se crea sin embargo que pueda decirse con toda exactitud que Huarte fuese el primero que asentó los principios de que se valen los frenólogos de nuestro tiempo: quizás fué el único que consagró expresamente una obra á este

objeto; pero se hallan esparcidas acá y acullá en autores antiguos proposiciones que indican con más ó menos claridad que los conocimientos frenológicos no eran del todo desconocidos; aun pasando por alto los trabajos de Alberto el Grande en el siglo xiii, de Pietro di Montagna á fines del xv, de Ludovico Dolci á mediados del xvi, de que nos habla el Sr. Cubí en su nombrado prospecto. Los antiguos, comprendiendo en este número los que vivieron en los siglos medios y en los que inmediatamente los siguieron, que nosotros con demasiada generalidad apellidamos de tinieblas ó ignorancia ó de mucho atraso, sabían sobre materias delicadas algo más de lo que comúnmente se cree; y si bien no disponían de los muchos medios que para aprender tenemos nosotros á la mano, suplían sin embargo algún tanto esta falta con la asiduidad de sus trabajos y la profundidad de sus meditaciones.

En las obras de Santo Tomás se hallan preciosas observaciones sobre la relación y comunicación que media entre el alma y el cuerpo; siendo de admirar que un escritor del siglo xiii pudiese alcanzar á expresarse con tanta exactitud, con tan fino discernimiento, sobre hechos y fenómenos en extremo complicados, que en apariencia debían de ser indescifrables, atendido el atraso en que se hallaban las ciencias naturales. Los observadores modernos que tantos elogios tributan á nuestro insigne Huarte, por haber columbrado ya en el siglo xvii los principios de una nueva ciencia, oirán con gusto, á no dudarle, las palabras del Santo que acabamos de citar; y se quedarán agradablemente sorprendidos, al ver con cuánto tino se expresaba sobre delicadísimas materias el humilde religioso del siglo xiii. «El alma intelectual, dice, aunque por su esencia sea una, no obstante por su perfección es múltiple en sus facultades. Y así para las diversas operaciones necesita diversas disposiciones en las partes del cuerpo á que se une. Y por esto vemos que hay mayor diversidad de partes en los animales perfectos que en los imperfectos, y en éstos que en las plantas.» (Santo Tomás, primera parte, Cuestión 76,

artículo 3, en la respuesta al tercer argumento.) Hemos procurado traducir con toda exactitud; pero deseosos de que el lector pueda examinar las expresiones del original, las trascribimos aquí. «Et hoc competit animæ intellectivæ quæ quamvis sit una secundum essentiam, tamen propter sui perfectionem est multiplex in virtute. Et ideo ad diversas operationes indiget diversis dispositionibus in partibus corporis cui unitur. Et propter hoc videmus quod major est diversitas partium in animalibus perfectis quam imperfectis, et in his quam in plantis.» (D. Th. Q. 76, art. 3, ad 3.)

La sabiduría y el discernimiento de estas palabras son admirables; pero falta todavía citar otro pasaje más curioso en que se descubre con toda evidencia que el Santo Doctor tenía expreso conocimiento de las teorías frenológicas, y que otros ya entonces se hallaban en el mismo caso. Es notable la prudencia del Santo: refiere, pero no juzga, aplicando con su ejemplo el principio de que en tratándose de fenómenos naturales, antes de afirmar es preciso observar. Hablando de los sentidos interiores, y señalando cierta facultad del alma dice: «Por donde se llama *razón particular*, á la cual le señalan los médicos determinado órgano, á saber el centro de la cabeza.» «Unde etiam dicitur ratio particularis cui medici assignant determinatum organum, scilicet mediam partem capitis.» (D. Th. 1, P. Q. 78, art. 4.)

Eliminada ya la dificultad que podría levantarse sobre la incompatibilidad de los principios frenológicos con la espiritualidad del alma, y demostrado que esta espiritualidad nada tiene que temer de la multiplicidad de los órganos que en el cerebro se supongan, falta ahora determinar si en realidad esta variedad de órganos existe; y además cuáles son las partes del cerebro donde se encuentran. Esta es la parte teórica de la ciencia, la que no obstante debe estar fundada en una serie de hechos observados con la debida exactitud y referidos con rigurosa verdad. Después falta investigar, si es posible hacer una aplicación de estos principios deduciendo reglas prácticas para que con la simple inspección ó contacto de un crá-

neo, sea dable adivinar cuáles son las facultades intelectuales de que está dotada la persona; si es posible que se conozca cuáles son las disposiciones particulares que la hacen apta para una ciencia ó profesión; de tal suerte que sin haberla oído hablar sobre la materia, ni ejecutar nada que pueda suministrar indicios de su capacidad, se conjeture la existencia de ésta, y hasta se calculen sus grados con alguna aproximación.

Estamos esperando con ansiedad hechos que sin duda acumulará en crecido número el Sr. Cubí en la obra que tiene anunciada, y deseamos sinceramente que sean de tal naturaleza que basten á disipar las dudas que suscitan todavía algunos sabios contra la Frenología. Como las ciencias naturales, á las que ésta pertenece también, no deben estribar en meras hipótesis ó en razones de analogía más ó menos convincentes, sino que han de apoyarse en hechos observados con rigurosa exactitud, será menester que se nos pruebe con ellos: primero, que el cerebro está distribuido en cierto número de partes de las cuales cada una sirve para una función determinada; segundo, que se señale la localidad de las mismas, y la respectiva facultad del alma de que son instrumentos; tercero, que por la simple inspección ó el contacto del cráneo se puede adivinar la existencia y el grado de dichas facultades; cuarto, que se indiquen con alguna precisión las causas que puedan inducir á error cuando se trate de formar esta conjetura; quinto, que se explique apoyándolo con hechos ciertos, cuál es el desarrollo y modificaciones que de la educación, de la instrucción, de las ocupaciones, del tenor general de la vida, ú otras causas cualesquiera pueden resultar; sexto, que al ofrecerse las láminas que señalan dónde se encuentran los asientos de los órganos cerebrales, se indiquen las reglas que han presidido á la delimitación, ora se trate de las cabezas en general, ora de las que se hayan desarrollado de una manera particular y notable, natural ó artificialmente.

En breve, deseamos que el Sr. Cubí eleve la Frenología

á toda la altura que reclaman el mismo decoro y la dignidad de la ciencia, no dejando ningún pretexto á que se la pueda tachar de ilusión y charlatanismo. Deseamos que en lo tocante á la práctica, ni se la quite nada de lo que le corresponde, ni se la atribuya lo que no le pertenece. La exageración excita quizás un entusiasmo momentáneo; sólo la verdad produce un efecto duradero. El crédito de las ciencias debe fundarse en las convicciones arraigadas en el entendimiento, no en las lisonjas tributadas al amor propio, ó en las frívolas puerilidades de una vana curiosidad.

La dilatada experiencia del ilustrado profesor, le habrá enseñado sin duda, la necesidad de inculcar á sus discípulos las verdades que acabamos de indicar: pudiendo estar seguro que en España hay un fondo de buen sentido para apreciar juiciosamente el mérito que en sus explicaciones se encierre, así como hay muy felices disposiciones para evitar los insinuados escollos; disposiciones que le allanarán sobremanera el camino para que pueda entrar en una exposición dilatada y profunda de los principios y aplicaciones de la ciencia, sin correr tanto riesgo como en otros países, de producir en vez de alumnos instruidos y sensatos, entusiastas superficiales y extravagantes. Como quiera, y reservándonos volver otro día sobre tan importante materia, le deseamos en Barcelona el mismo buen éxito que en Nueva-Orleans; de manera que los periódicos de esta capital puedan tributarle los mismos elogios que el titulado *Picayune* y el *Correo de la Luisiana*.— J. B.

LA PALABRA FILOSOFÍA.

Palabras hay que todos pronuncian, que pocos profundizan, que los más entienden con aquella inteligencia superficial, vaga, fluctuante, que es lo que basta para que circulen sin cesar como una moneda conocida, de cuyo valor nadie duda, cuya ley á punto fijo nadie determina. Tal es la palabra *filosofía*; esa palabra que ha invadido todos los objetos, que se ha desparramado sobre todas las clases, que domina la literatura, que se extiende á las bellas artes, que predomina en las ciencias. Hubo un tiempo en que se consideró la filosofía como una ciencia exclusiva, del todo separada de las demás, limitada á ciertos objetos, formando lo que se llama un cuerpo de ciencia; pero ahora y desde el siglo pasado, la filosofía no es un ramo de los humanos conocimientos, no es su raíz, no es su fruto, es un jugo precioso que se desliza suavemente por todas partes; y así hay filosofía científica, filosofía literaria, filosofía artística, filosofía del mundo, filosofía de todo. Y pues bien, ¿qué significa esta palabra, tomada en todo su rigor, en toda su exactitud, pero sin quitarle nada de su generalidad, para que sea aplicable á tantos y tan variados objetos, de tan diferente naturaleza, de tan distintas formas, de tanta diversidad de colores, de tanta gradación de matices? Daremos una definición fácil, sencilla, pero que en su sencillez lo abrazará todo; procuraremos que aquí se verifique el célebre dicho inscrito sobre la tumba de Boerhaave: *Sigillum veri simplex*, «la sencillez es el carácter de la verdad.» La filosofía consiste en *ver en cada objeto todo lo que en él hay, y no más de lo que hay*. Hagamos la prueba, tomemos esa palabra en la acepción que se acaba de fijar, y hagámosla recorrer todos los objetos á que aplicarse suele; y si se les ajusta perfectamente, si